

EL DESPOSORIO

## EL DESPOSORIO

GARCI-LOPE DEL PULGAR

No sé porque ley cruel  
No que pasión infernal,  
tenía el angel aquel  
para mi forma sensual.

Mostrábase en su mirada,  
ya penetrante, ya incierta,  
la cándida llamarada  
de la aurora que despierta.

Y mostrábanse en sus ojos  
y entre sus labios bermejos,  
de la juventud antojos  
y la pura infancia dejos.

Cuando ella me contemplaba  
con rubor, honesta y muda  
yo, torpe, la imaginaba  
completamente desnuda.

Su cabellera esplendente  
me figuré veces mil  
cayendo en áureo torrente  
sobre un torso de marfil.

La tapaba lujuriosa  
de sus encajes la espuma  
como a una Vénus radiosa  
que entre las nieblas se esfuma.

Y aquella pasión nefasta  
que fué siempre mi tormento,  
al besar su frente casta,  
la abrasaba con mi aliento.

La miraba mi cariño  
cegado por densa venda  
como en sueños mira el niño  
de los ángeles la ofrenda.

Más, de su virtud seguro,  
sufría cada vez más;  
porque aquel amor impuro  
era amor de Satanás.

De horrible lascivia ciego,  
verla un día me juré

como vió el tribunal griego  
la hermosura de Friné;

como si, al esclavizarla  
para saciar mi furor,  
pudiera nunca arrancarla  
la envoltura del pudor.

Un día llegué a su puerta  
siempre discurriendo así;  
pero, al encontrarla abierta,  
sin querer me estremecí.

Nada allí anunciaba luto,  
ni una lágrima, ni un grito;  
solo el silencio absoluto  
del desconsuelo infinito.

Aquel recuerdo me espanta.  
Mi amigo más verdadero  
se colgó de mi garganta  
como un náufrago a un madero.

—¿Y tu hija? Loco de horror  
pude al cabo balbucir.  
Pero él, ébrio de dolor,  
dijo:—Acaba de morir.

¡Ven: solo estoy; no me dejes  
con estas ansias salvajes.  
Hoy tu solo me proteges  
y quiero que la amortajes!

Aterrado y confundido  
no supe encontrar disculpa  
y quedé como el bandido  
muerto por su propia culpa.

Entramos: luz indecisa  
de fulgor débil e incierto,  
arrojaba a la cornisa  
la sombra del cuerpo muerto.

La miré: su rigidez  
me hirió como una centella  
y fué tal mi palidez  
que debió eclipsar la de ella.

—¡Vámos! Loco de dolor  
dijo el padre en tono rudo  
y, arrancando el cobertor  
presentó el cuerpo desnudo.

¡Ay: fué el dolor tan punzante  
y la conmoción tan fuerte,

que estoy desde aquel instante  
desposado con la muerte!

Su beldad rígida y fría  
miraba por vez primera  
y así, se me aparecía  
como una Vénus de cera.

Mostraban aquella vez  
en inolvidable unión,  
la línea su esplendidez  
y el color su repulsión.

Creyó ver mi mente insana  
aquel pecho soberano  
como la fruta temprana  
mordida por el gusano.

Y haciendo el alma pedazos,  
cuando despuntaba el día,  
casto la estreché en mis brazos  
como un demente: era mía.

¡Mía! las penas no pasan  
ni pueden tener consuelo;  
aun parece que me abrasan  
aquellos labios de hielo.

Aun contemplo los despojos  
de su mano, ebúrnea y fina  
y llevo sobre mis ojos  
su mirada cristalina.

¡Mía! Casto la abracé  
y con mi ser se fundió  
y solo su imagen fué  
lo que a la tierra volvió.

En mí llevo a mi adorada  
después del rudo combate.  
Pulsad mi mano: está helada.  
Tocad mi pecho: no late.

Tal relato al escuchar  
podreis al fin comprender  
porqué no puedo pensar  
más en ninguna mujer.



LA MIDINETE

## LA MIDINETA

**P**orque en la casa todo eran duelos  
y hacía falta media peseta,  
antes que verla pasar desvelos,  
la colocaron de *midineta*.  
¡Oh contratiempos y desengaños  
de los diez años!  
Crece el progreso todos los días,  
nuevos esfuerzos son oportunos  
y así el trabajo les llega a algunos  
antes que lleguen las energías.

Tuvo una falda con velloríes,  
un par flamante de borceguíes,  
una toquilla de lana usada  
y una gran caja, bien charolada,  
de pino y roble,  
con su correa fina y luciente,  
donde, tocando tambor batiente,  
daban los chicos fiero redoble;  
y meditando que esto, al fin, era

lo que a los suyos les convenía,  
comenzó humilde nuesa Lucía  
sus excursiones de recadera.

De la gran villa por los confines,  
fué meditando cosas devotas,  
como un modelo de serafines  
que ya tuviera las alas rotas.  
Todo era darle sanos consejos:  
—¡No te entretengas con niñerías!  
—¡No pierdas algo! —¡No vayas lejos!  
—¡Ten gran cuidado con los tranvías!  
Ella, en el acto,  
todo lo hacía de un modo exacto  
y así, evitando quejas y riñas,  
pensaba, su alma dando en rehenes,  
que es necesario que anden las niñas  
para que ganen los almacenes.

En su gran caja de novedades  
preciosidades  
llevaba siempre que eran su encanto  
y que cuidaba con mimo tanto  
como una maga sus amuletos;  
bellos objetos  
incomparables de fantasía,

resplandeciente bisutería,  
exuberantes plumas rizadas,  
broches de esmaltes y lentejuelas,  
aplicaciones y bagatelas,  
encajes hechos por manos de hadas;  
frivolidades maravillosas,  
joyas fulgentes, grandes y chicas,  
de las que compran las madres ricas  
para las niñas que son dichosas.

Limpia su caja con fiel esmero,  
y a sus quehaceres hallando espacio,  
en busca un día llegó a un palacio  
de una gran pluma para un sombrero.  
Era de mármol el peristilo;  
de noble estilo  
las escaleras con sus alfombras;  
y, a medias sombras,  
régias estancias de alto decoro,  
próceres cuadros de marco de oro,  
ámplicas vitrinas con varillajes,  
piedras y encajes,  
salas con plantas y cortinones  
y veladores de melaquita,  
llenas de estátuas y de jarrones,  
como en los cuentos de la abuelita.

Sola esperando, llena de susto,  
 sintió un silencio ritual y agusto.  
 Luego, una puerta se abrió cercana  
 y una señora muy altanera  
 le dió una pluma de garza indiana;  
 ¡Madre del alma: que hermosa era!  
 Magna, purpúrea, rizada, suave,  
 de azul tenía lindos destellos;  
 ¡Que bien haría, tendida y grave  
 en la lujuria, de unos cabellos!  
 Sobre un sombrero de alas gallardas  
 diérale a un busto dignos resaltes,  
 como a las nobles damas bastardas  
 de las pinturas de los esmaltes.  
 Guardó la joya; pensó en su oficio  
 y, cual un niño que se atolondra,  
 las escaleras del edificio  
 bajó saltando como una alondra.

¡Oh ciudad loca, que hermosa eres!  
 ¡Que irisaciones finges tan varias  
 cuando proyectas tus luminarias  
 sobre las galas de tus mujeres!  
 Ya de las luces prendió el cintillo  
 y a las miradas escrutadoras  
 las subyugaba radiante el brillo

de las bellezas deslumbradoras.

La niña, obsesa,  
 del hormiguero fué pronto presa.  
 Solo miraba ya las divinas  
 preciosidades de las vitrinas.  
 Eran primero sedas y blondas,  
 sueños de magnas excelsitudes,  
 mares de tules, en cuyas ondas  
 han zozobrado tantas virtudes.  
 Eran, más lejos, las nunca vistas  
 piedras de encanto: las amatistas  
 y las turquesas y los rubíes  
 anaranjados y carmesíes,  
 las esmeraldas cuadrangulares  
 junto a las perlas de fino oriente  
 y los brillantes, que en los collares,  
 se desbordaban como un torrente.

Por fin la linda juguetería.  
 ¡Virgen del Cármen! ¡Cuanta monada!  
 ¡Un universo de brujería!  
 ¡Cuanta lindeza desparramada!  
 Casas de campo con embalaje,  
 claros estanques con barquichuelos,  
 las cocinitas con su menaje...  
 ¡Y que muñecas, Dios de los cielos!

Una, entre todas, fué su delicia.  
 ¡Cuanta caricia  
 ella le haría, si suya fuera!  
 frente de cera,  
 ojos enormes, labios preciosos  
 y sus zapatos tan primorosos,  
 su parisiense  
 traje de moda, liliputiense,  
 de gracia suma;  
 su fino guante  
 y su sombrilla tan elegante  
 y su sombrero de airosa pluma...

Súbitamente, la *midineta*,  
 ante la pluma que contemplaba,  
 se acordó inquieta  
 de la amazona que ella llevaba.  
 Miró en la caja... ¡La halló vacía!  
 ¡Ay madre mía!  
 Buscó en el suelo... ¡Trance más duro!  
 Sintió en su frente frios sudores.  
 Nada: no estaba. ¡Vaya un apuro!  
 ¡Ay Virgen santa de los Dolores!  
 Y la muñeca seguía en frente  
 tan impasible... ¡tan insolente!  
 Y, al fin, Lucía, sin más cachaza,

prorrumpió en llanto, triste, afligido,  
 igual que llora toda una raza  
 ante las ruinas de un templo hundido.

Como la niña sollozó tanto  
 y en esta vida pasa hasta el llanto,  
 ya resignada como un estóico,  
 tuvo un arranque digno y heroico.  
 Pronto hablaría con la señora  
 y, si la pluma no parecía,  
 ella era honrada, trabajadora...  
 Con su trabajo la pagaría.  
 Y así, despacio,  
 como quien teme furias ajenas,  
 con su cajita llena de penas  
 la *midineta* volvió al palacio.

Es Doña Eufemia Ruiz de Aldasoro  
 dama de alcurnia y alto linaje,  
 que todo afecto juzga desdoro  
 y el matrimonio diputa ultraje,  
 Tiene dos canes y cinco gatos  
 a los que obsequia con bartolillos;  
 pasa en la iglesia muy largos ratos  
 y hace primores con los bolillos.  
 Siempre a la higiene vive sujeta;

no tiene afanes, penas, ni holgorios  
y, cuando salga de este planeta,  
lo hará con todos los requilorios.  
Y así la noble doncella hidalga  
irá a la gloria maravillosa,  
donde no se hace nada que valga  
para maldita de Dios la cosa.

Oyó a la niña con displicencia,  
escuchó erguida sus gimoteos  
y, sin ninguna benevolencia,  
censuró adusta sus correteos.  
Pagar la pluma... ¡Que disparete!  
fuera preciso vivir cien años.  
Más de cien duros... ¡Vaya un dislate!  
¡En una niña tantos engaños!  
Ya lo sabía:  
la misma joya volver debía  
si hallar quería los cepos quedos;  
pero mucho antes que en sus enredos  
tomara parte la policía.  
Y, discurriendo que con su calma  
salvaba un alma,  
quedó pensando con amargura  
que tiene el crimen génius precoces,  
que van los tiempos harto veloces  
y que este mundo no fiene cura.

Salió la niña ya inconsolable.  
¡Ay que tristeza ser tan culpable!  
Sin ver, esquiva, su pesadumbre,  
giraba en torno la muchedumbre.  
Cual Lady Macbhet, miró sus manos;  
¡Y aun le faltaba, de angustia llena,  
ver a su madre y a sus hermanos  
avergonzados llorar de pena!  
No sufriría vergüenza y tédio;  
todo en la muerte tiene remedio.  
De un automóvil miró las luces;  
en el arroyo se halló de un salto;  
sobre su rostro se hizo tres cruces  
y se echó a plomo sobre el asfalto.

.....  
Cuando la niña desventurada  
tornó a la vida, quedó asombrada.  
Se halló en las haldas de una señora  
en una estancia fascinadora.  
Maga de ensueño, gracia inefable  
daba a sus ojos luz indecisa;  
nada tan dulce ni tan afable  
como el encanto de su sonrisa.  
Era la dueña del automóvil  
quien, viendo inmóvil

su cuerpo débil, de paz avaro,  
compadecida le prestó amparo.  
De sus pesares pidió noticias  
y, mientras tanto  
que los contaba bañada en llanto,  
le prodigaba tiernas caricias.

Luego que supo la historia entera,  
puso en sus manos una cartera  
y, al despedirla con embeleso,  
dijo a la niña dándola un beso:  
—¡Quieran los cielos que el don que te hago  
sea la base de tu fortuna!  
Sé siempre buena, del bien en pago,  
pero no pierdas cosa ninguna,  
y, al ver preguntas en su mirada,  
le dijo luego de afable modo:  
—¡Soy una pobre desventurada  
que, en este mundo, lo perdió todo!



MI CELDA